

LAS PINTURAS RUPESTRES DE LA «COVATINA DEL TOSSALET DEL MAS DE LA RAMBLA», VILAFRANCA, CASTELLÓN

NORBERTO MESADO OLIVER

Museo Arqueológico de Burriana

Vilafranca, en el linde N del País, conserva en «La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla», un grupo de unas 24 figuras pertenecientes al tradicionalmente denominado «Arte Levantino», y que recientemente hemos convenido en llamar «Arte Rupestre del Neolítico Inciso».

Destaca por novedosa la caza de una gran ave rapaz (posiblemente un córvido), herida por un proyectil procedente de una honda, arma que lleva un bello cazador en «vuelo», el cual viste sofisticadamente.

Otro grupo de figuras humanas singulares aparecen capturando víboras, práctica que llegó tanto en Vilafranca como en el vecino pueblo de Castellfort, a los inicios del siglo XX. Tan singular depredación habrá de relacionarse con la extracción del mortífero veneno de la «vípera Latasti». Su empleo tanto pudo servir para empozoñar las puntas de las saetas de los cazadores prehistóricos de este importantísimo foco del Maestrazgo, o como «fármacos» al estilo de la «Triaca Magna».

Vilafranca, dans la limite Nord du Pays, a dans «La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla», un groupe d'unes 24 figures appartenant au traditionnellement dénommé «Arte Levantino» et que récemment on a accordé dénomé «Art Rupestre du Néolithique Hâché».

Détache, par nouvelle, la chasse d'un gran oiseau de proie (possiblement un Corvidé), bléssé par un projectile originaire d'une fronde d'un chasseur, lequel est habillé sophistiquément.

Un autre groupe de figures humaines se trouve chassant des vipères, usage qui est arrivé à Vilafranca jusqu'au XXème siècle. Cette singulière chasse doit être lié à l'extraction du poison meutrier de la «Vipera Latasti». Sa finalité aurait bien pu être empoisonner les pointes des flèches utilisées par les chasseurs préhistoriques de cette très importante aire du «Maestrazgo»; ou bien comme «medicament» du même type que la »Triarca Magna».

VILAFRANCA Y SU PAISAJE

La comarca de Morella, de 1.212 kilómetros cuadrados de extensión —históricamente «Els Ports»—, es la más septentrional del País Valencià, cuyas altas y singulares tierras —de ahí su medieval topónimo—, cabalgan sobre el auténtico Maestrazgo de Montesa, el territorio que perteneció a los castillos árabes de Ares, Coves, Culla, Servera, Penyíscola, Polpis y Xivert, siendo antesala del Bajo Aragón entrando por la Baylía de Cantavieja. Tal comarca, con sus diez villas, trece lugares, tres aldeas

y varios caseríos (Millán y Simó, 1983, 245), tiene en su centro la «Fiel», «Fuerte» y «Prudente» ciudad de Morella, y a su SO, a 34 kilómetros de ésta, VILAFRANCA, centro subcomarcal de 3.030 h., con una industria textil y maderera importante. Dista 48 kilómetros del Mediterráneo, y 91 kilómetros de Castellón. Su término, por el E., linda con el de Ares, en donde el «Barranc de Gasulla» aglutina uno de los focos más importantes y personales del Arte Rupestre del Neolítico Inciso (Mesado, 1989, 71); mientras por el N lo hace con el «Riu de les Truïtes», afluente del Guadalope, que, desde la creación

del Reino de Valencia por el Rey D. Jaime I, es frontera con Aragón.

Son tierras de altiplano con un clima de tipo continental frío, cuyas oscilaciones térmicas medias van desde los 2,6° C., de diciembre, a los 18,8° de julio —con una media de 9,5° C.—, y heladas hasta mediados de mayo, siendo la precipitación anual de 738,7 mm., por lo general de nevadas intensas en los inviernos (Querreda, 1975).

Su relieve pertenece al sector meridional del borde oriental del Sistema Ibérico, llegando en el monte de «Coder», a los 1.467 m.s.n.m.; con fracturas como la del «Barranc de la Fos» —vivero de víboras—, y la no menos importante del mencionado «Río de las Truchas», popularmente para los «taguins (1)», «La Rambla», fractura orientada de SW a NE sobre calizas aptienses (Arasa, 1979, 244).

De sus 9.347 Ha. sólo 1.416 son de suelo fértil, ocupando los pastos un alto porcentaje, por lo que tradicionalmente fue importante su cabaña de cabrío, lanar, vacuno y caballo (Mundina, 1873, 616), perdurando «la dula», siendo testigos de la importancia ganadera, los restos de sus veredas («assegadors»), viaductos de largo recorrido para la transhumancia. Las mayores alturas aparecen colonizadas por un bosque —hoy degradado— de pino laricio, habiendo sido en otro tiempo importantes los encinares, robledales y el sabinar, por cuyos hondos barrancos aún pueden verse retazos de este bosque autóctono, cuya desaparición, por presión humana, dio al traste con la fauna mastozoológica, perdurando el jabalí como su único representante dado el exterminio de las manadas de lobos y lo intrincado de su hábitat (Anexo I). Pero antes de finalizar esta introducción queremos dejar constancia de un escurridizo habitante de estos altiplanos, cuya captura, como después veremos, pudiera remontarse al Neolítico: la víbora. De ella dirá Mundina, a fines del pasado siglo, al hablar de Vilafranca, que «en el año 1780 se criaban en su término muchas víboras y las mujeres se dedicaban a cojerlas en unas cestitas a propósito y las vendían para hacer la Triaca Magna» (Mundina, 1873, 616), costumbre que perduraría entrado nuestro siglo.

(1) Nombre tradicional que reciben los habitantes de Vilafranca, dado que era costumbre figurar en su atuendo diario una talega o bolsa de pastor.

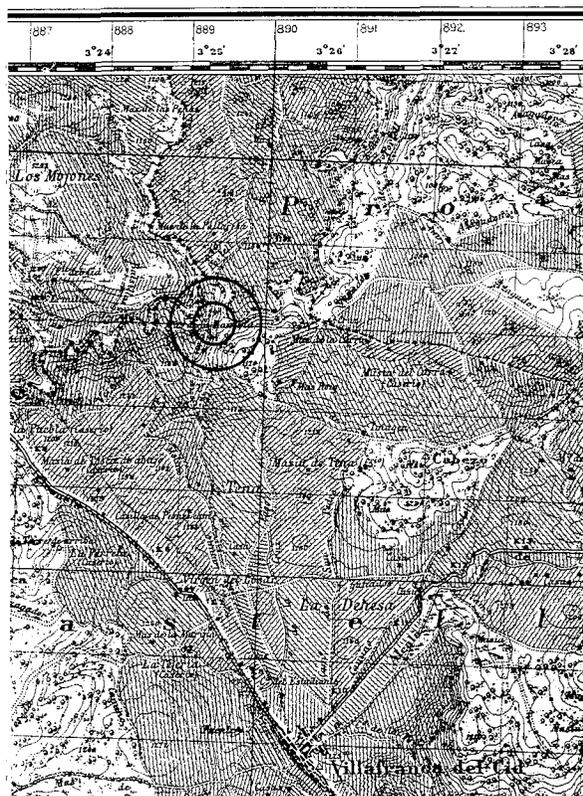


Fig. 1.— Hoja n. 569 (Mosqueruela) del I. G. C., 1.ª ed. 1931, con la señalización —círculos concéntricos— de *La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla*.

LA COVATINA, SITUACIÓN (Fig. 1)

Si al llegar a Vilafranca, subiendo por Ares, seguimos hacia el bello pueblo turolense de La Iglesuela, encontraremos a 2 kilómetros el santuario de Nuestra Señora del Llosar, cuya fábrica concluía el año 1691 (Sarhou, 1913, 717). Frente a su misma cruz-peiró, a mano derecha, tiene nacimiento la carretera comarcal, en construcción, Vilafranca-Portell de Morella, que discurre, y varias veces ocupa su lecho, junto al «Barranc de les Carabasses». Tras un recorrido de 3 kilómetros por este nuevo vial, tendremos a mano derecha un buen ejemplar de pino negral, punto por el que nos adentraremos en busca del citado barranco, dando con una ancha vereda «—l'assegador de Sant Pere—» que lo cruza. Desde este punto advertiremos ya, aguas abajo, el rojizo banco calizo salpicado de covachos y, sin apenas perder altura, un sendero lleva —tras rebasar «La Cova del Gelat», aprisco sin interés arqueológico—, a las cárcavas más cercanas deno-

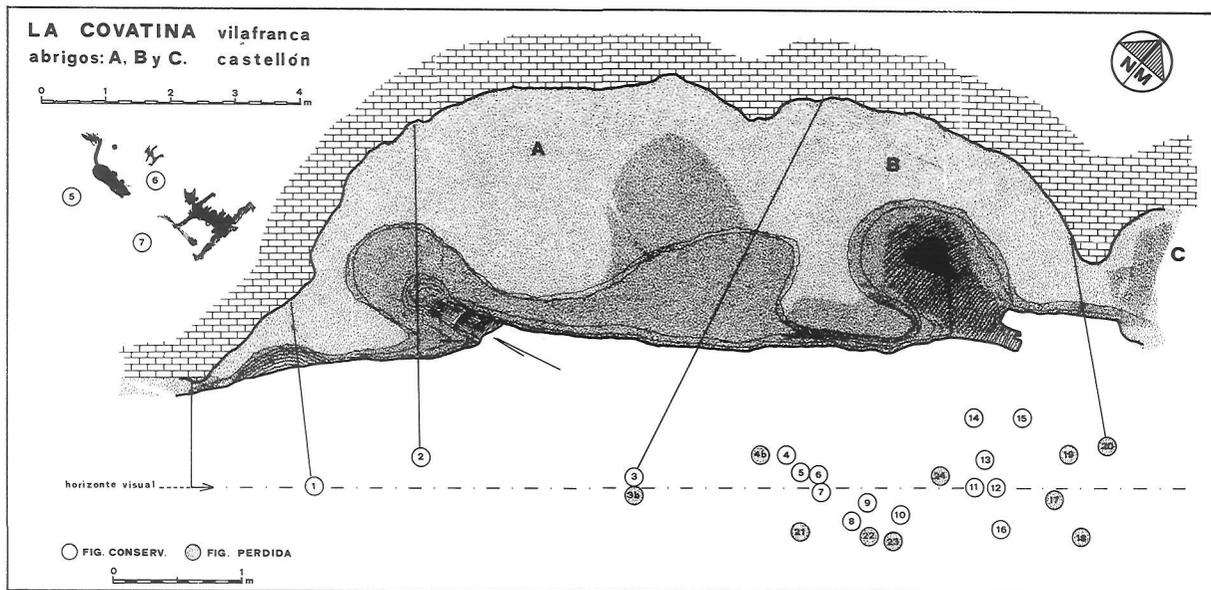


Fig. 2.- Plantas de los abrigos A y B, con la distribución espacial de las pinturas.

minadas La Covatina del Tossalet del Mas de La Rambla, en la base de un cantil vertical constituido por un banco descendente de calizas mesozoicas, situadas a unos 50 m. de altura del cauce del barranco, y a unos 600 m. de su confluencia con el «Riu de les Truites» o Rambla, abrigos de meandro abandonado, cuya espectacular panorámica podemos ver en una reciente publicación interdisciplinaria sobre el complejo rupestre de «La Valltorta» (Viñas y otros, 1982, 64-65).

Se trata de tres abrigos geminados por dos crestones calizos recubiertos por sendas coladas estalactmíticas (lám. I, ↑), cuyo eje longitudinal (NE-SW) alcanza los 21,70 m., abriendo sus bocas al SE, donde una convexidad del meandro del barranco, conforma un paisaje montano de suaves cerros calcáreos, con un bosque, degradado, de pino laricio (lám. I, ↓). Denominaremos para su estudio Abrigo «A», al mayor y más occidental; «B» al central, el menor; y «C», ya sin manifestaciones rupestres, al más cercano a la Rambla. Mide el «A», 9 m. de cuerda, 4 m. de profundidad máxima, y tiene una altura bucal de 3 m. El «B» tiene de cuerda 5 m., 3,75 m. de profundidad, y una altura de 2,10 m.; teniendo el «C» de cuerda 7,80 m., siendo el resto de las medidas semejantes al abrigo primero (figs. 2 y 3).

En su mayor parte los suelos de las balmas «A» y «B» presentan un gradiente señalado hacia el ex-

terior, alterado por oquedades, en especial la «B», producto de una roca caliza craquelada, por lo que los firmes están recubiertos de aristas calizas a la vez que de un solado de lajas desprendidas del techo, pared y del propio suelo, producto tanto de la propia composición caliza, como del karsticismo de es-

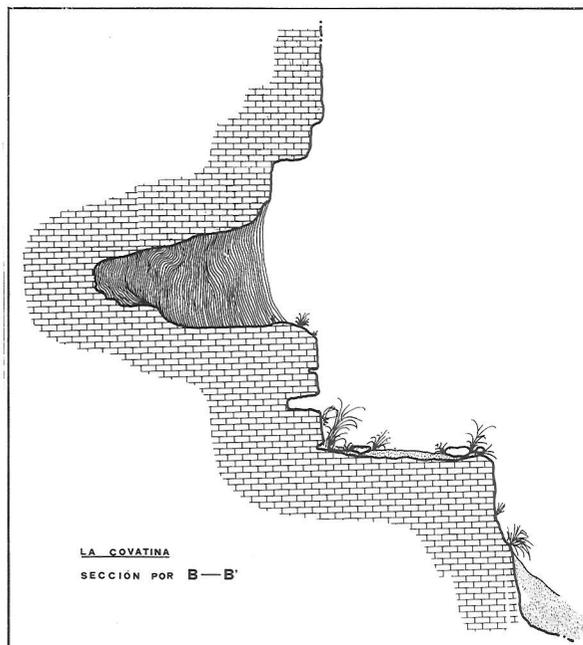


Fig. 3.- Abrigo B. Sección vertical.



Lám. I.— A: Panorámica del escarpe calizo con los tres abrigos denominados “La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla”. B: Desde la “Covatina”, vista sobre la orilla opuesta del “Barranc de les Carabasses” de Vilafranca.

tos altiplanos, acelerado por una climatología rigurosa, siendo normales en las paredes de los covachos las exudaciones hídricas cargadas de carbonatos, especialmente sobre las coladas que delimitan estos abrigos. De ellos, por su inclinación hacia el S, es el central o «B» el que alcanza una mayor insolación, detalle, a nuestro parecer, que llevó a su elección para soporte del arte rupestre que comporta, ya que el resto del contexto geológico de las balmas vecinas, es el mismo.

A la terraza de estas cuevas se sube cómodamente por un estrecho graderío natural (aunque cabe la posibilidad de que haya sido convenientemente retocado), que existe en el lado SW de la balma «A», formado por tres huellas de unos 40 cm. de anchura. Las viseras de estas oquedades se corresponden con el plano vertical del paredón calizo, y por ello con el borde de la terraza, por lo que no se señala en la planta general que presentamos en la fig. 2.

Con posterioridad, superpusimos los calcos recientes a los realizados en 1974, dando correctos los trazos coincidentes, y señalando los desencajes (por lo normal coincidentes con los trazos rojos), de los que, de nuevo en la balma, realizamos macrotrasparencias utilizando películas de 6x6 y sencillas técnicas fotográficas que facilitan un adecuado contraste, que una vez proyectadas en pantalla contribuyen a fijar, casi siempre, la silueta difuminada o perdida a simple vista. Con dichas comprobaciones y correcciones realizamos los calcos definitivos sobre papel vegetal, utilizando el método del puntillado con «rotrings» del 0,1 y 0,2 mm., imitando la textura de la roca y la saturación del pigmento, apoyados con reproducciones fotográficas en color y a igual escala que las pinturas rupestres originales, técnica que pese a las anamorfosis que siempre dan tales reproducciones, son de una gran ayuda y comodidad para imitar la textura de los paramentos de la balma. Tras estos trabajos fotocopiemos los vegetales, y de nuevo en los covachos comprobamos sobre tales fotocopias la reproducción de las figuras, anotando o corrigiendo nuevamente cualquier observación eludida en anteriores visitas, observaciones, caso de haberlas, que pasarán luego a los vegetales definitivos, dando por finalizado el proceso de reproducción o copia.

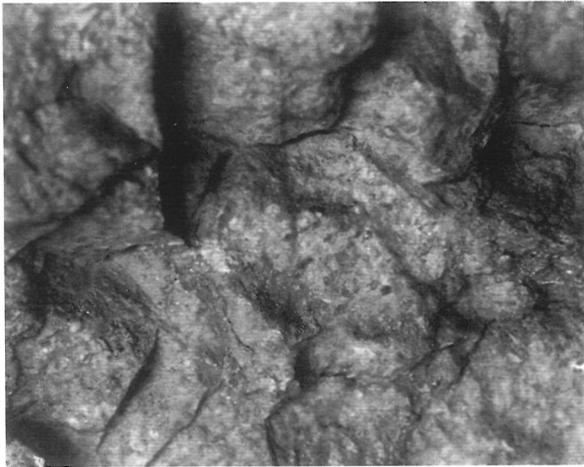
DESCRIPCIÓN DE LAS FIGURAS

Abrigo A

Fig 1.— A 198 cm. del inicio SW de la balma, existe una llamativa mancha rojizoacarminada, con tres apéndices paralelos que descienden de su lado izquierdo. Desconches y zonas muy erosionadas del resto de su cotorno —por causas naturales—, alteraron su forma de tal modo que hoy resulta imposible determinar la figura primigenia, aunque me inclino a pensar que nunca fue figurativa, por lo que sólo la señalaremos por su fuerte pigmento.

Eje longitudinal, 100 mm.

Fig. 2.— A 330 cm. de la mancha precedente, y en el interior de una hornacina o nicho elipsoidal, de 50 cm. de eje horizontal y una profundidad central de 8 cm., advertiremos en su mitad izquierda una agrupación de diminutas manchas —aproximadamente de 1 mm. de diámetro—, de tonalidad bermeja. Su observación inclina a creer que no fueron hechas por el rápido procedimiento de la



A



B

Lám. II.— Abrigo A. A: Puntiforme. Fig. 2. B: Una de las agrupaciones de puntos rojos en “La Cova Fumada”, Rossell.

aspersión de una brocha con pigmento, sino individualmente y sin orden alguno (lám. II, 1).

Abrigo B

Fig. 3.— A 143 cm. de la mancha negra de líquenes existente sobre el espinazo de la colada que gemina los abrigos «A» y «B», encontraremos la primera figura naturalista del abrigo «B». Se trata de un cazador de delgado tronco, sumamente inclinado a la izquierda mientras abre en visión frontal, en horcajo, sus muslos, que doblan exageradamen-

te hasta tomar ambas piernas la posición vertical, deformación y pose que extraña. El resto del cuerpo presenta una cabeza cubierta con un tocado tipo «montera», y unos brazos, paralelos, entrados y tendidos hacia el centro de un arco muy abierto, adornado en sus tercios, con plumas. Mientras la pierna derecha —aunque muy perdida— a partir de la rodilla se conserva entera, su izquierda se diluye, tras su potente muslo, en una mancha caída, posibles restos de otra figura (fig. 4, n. 3).

Eje máximo, 65 mm.; coloración, rojizo-vinoso claro.

Fig. 3.b.— Debajo del cazador precedente, colisionando con él, observaremos con gran dificultad los restos de una mancha de eje vertical ladeado a la izquierda, que a duras penas pudiera identificarse con una silueta humanoide en perfil derecho, aunque tal es su degradación por lavados naturales, que preferimos computarla entre las figuras ya perdidas del abrigo (fig. 4, n. 3b).

Eje máximo aprox., 105 mm.; coloración, castaño desvaído.

Fig. 4.— A 122 cm. a la derecha de figura anterior, algo más alta, daremos con la figura humana más diminuta del abrigo. Su cuerpo está expresado con un diseño caligráfico (filiforme), teniendo por tronco una línea arqueada, con gracia, delimitada por otras dos paralelas —brazos y piernas—, apenas dobladas. Submonta el tronco una diminuta cabeza que parece tocada con un gorriño cónico, teniendo como rasgo facial destacado una nariz apuntada.

Pese a su esquematismo la figura aparece llena del dinamismo que caracteriza el «Arte Levantino». Su silueta va a reproducir las reiterativas figuras de «cazadores al vuelo» de esta balma, cuyo ideograma es semejante al de una H inclinada, siendo el arquetipo aquí, el cazador n. 7. Frente a ella, a 14 cm., restos de otra figura similar (la 4b de la distribución espacial de la fig. 2), que no se detalla, pues al igual que hemos hecho con la fig. 3b, preferimos darla por perdida (fig. 4, n. 4).

Altura máxima, 45 mm.; coloración, castaño muy desvaído.

METODOLOGÍA EMPLEADA

Cuando el maestro de escuela D. Salvador Gómez Bellot, expuso en el I Congreso de Historia del

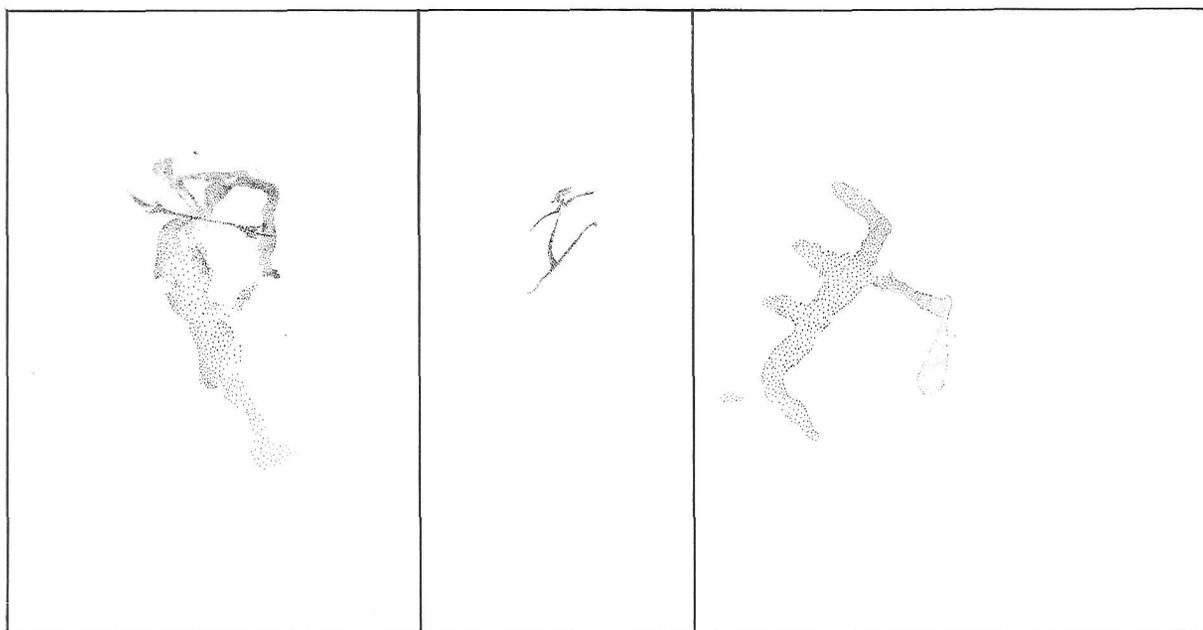


Fig. 4.- Figuras 3, 3b, 4 y 16.

País Valenciano, su comunicación sobre las pinturas del «Barranc de les Carabasses» de Vilafranca (acto celebrado en el «Seminario Mater Dei», Castellón), advertimos la necesidad de revisar los abrigos del citado barranco (Gómez, 1981, 185/188), objetivo que pudimos llevar a término en 1974 acompañado por D. Vicente Gavara y D. Luis Prades. Se repasaron las balmas más accesibles y comprobamos que tan sólo contenían pinturas las dos más occidentales del gran farallón calizo, que posteriormente denominamos Abrigos «A» y «B» de La Covatina, realizando calcos y diapositivas de las principales figuras, estudio que pensamos proseguir tras la publicación de las actas de dicho Congreso, hecho que acontecía en 1981, por lo que en la primavera del 88, tras una serie de visitas y comprobaciones «in situ», dábamos por concluido el estudio del abrigo denominado, según Ferrán Arasa, «La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla» (Arasa, 1979, 262).

Dado que el IRYDA está finalizando la carretera precitada (antiguo camino arriero entre Vilafranca y Portell), cuyo Km. 3 queda sobre los inicios del banco calizo que contienen la balma con pinturas, solicitamos a la Generalitat Valenciana su cerramiento, así como el permiso de estudio según el artículo 12 de la «Orden que regula la realización de

actividades arqueológicas en la Comunidad Valenciana» (2).

El día 30 de abril, el espeleólogo P.L. Viciano inspeccionaba la totalidad de los abrigos semicolgados del «Barranc de les Carabasses», así como diversas cavidades cercanas, comprobándose de nuevo que tan sólo el abrigo «B» contiene pinturas naturalistas, objeto ya de diversas citas bibliográficas, aunque tan sólo en la comunicación de S.G.B., se daban fotografías, de escasa calidad, de las fig. 5, 6, 7 y 8. El segundo comentario de estas pinturas pertenece a F. Arasa, que al listar los yacimientos de Vilafranca —su villa natal— anotará que «se distinguen hasta 15 unidades más o menos aisladas de figuras o grupos, entre las que predominan los guerreros. Destacan por su buena conservación un grupo de puntos (salpicaduras) en una pequeña hornacina de la roca; un ave de cuello largo, probablemente una garza, con una bola detrás de la cabeza, y un pequeño guerrero al lado; un gran guerrero en carrera y con un arco y otro, de menor tamaño y más estilizado, también en carrera y con arco» (Ferrán, 1979, 264), nuestras figuras 2, 5, 6, 7 y 8. Con posterioridad a esta cita, R. Viñas, manteniendo el

(2) Diari Oficial de la Generalitat Valenciana, núm. 645.



Lám. III.— Abrigo B. A: Fig. 5. Detalle de la cabeza invertida del posible buitre, y de las colonias de los hongos endolíticos. B: Idem. Figura silueteada. Obsérvese la dislocación en la unión de cabeza y cuello.

anonimato de su localización, al publicar la panorámica del acantilado (bibliografía ya señalada) lo hacía con el siguiente texto: «Grupo de abrigos con arte rupestre del Alto Maestrazgo».

En la segunda visita que realizamos, pese a los 18 años de su hallazgo, no hemos observado degradación antrópica alguna, salvo las «pintadas» de su descubridor, largos textos a lápiz de plomo (lám. X, ↑, ↓) indicando al visitante que respetase «para bien de la ciencia» el abrigo.

Tras una meticulosa observación de las alteradas paredes, procedimos, con tiza blanca, a la nu-

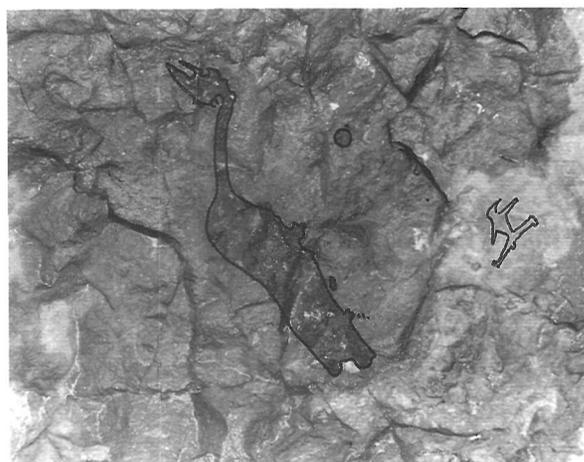
meración de las figuras y grupos de izquierda a derecha, con objeto de proceder a su levantamiento topográfico e inventario, procurando agrupar las figuras en «paneles» —posteriores láminas— para su reproducción y calco, tras lo cual procedimos al levantamiento del arte parietal, para cuya óptima visualización —y de acuerdo con el permiso pertinente— empleamos el tradicional método de la pulverización de «agua destilada» (3), y para su lectura el no menos empleado por maestros: el calco directo, pese a haber sido censurados ambos métodos como un «auténtico atentado contra el patrimonio» (Sanchidrián, 1987, 123), procurando siempre no interpretar ni reconstruir las partes perdidas de las figuras, empleando rotuladores de punta blanda, del 0,1; usando el negro para las siluetas seguras; el rojo para los contornos menos visibles; y el azul para los desconches calizos que las afectan. En el pie de cada uno de los calcos anotamos el nombre del yacimiento, fecha de trabajo, número de inventario, norte magnético, eje vertical y coordenadas.

Fig. 5.— A 14 cm. de la anterior, llegamos a una de las principales pinturas de la Covatina. Se trata de una gran ave que recuerda de inmediato a una zancuda, aunque análisis formales posteriores desechan esta primera idea, acercándonos hacia el grupo de las pesadas rapaces. Es de cuerpo piriforme, con eje longitudinal inclinado de izquierda a derecha, poseyendo un largo cuello alzado, apenas arqueado, y una cabeza cuya posición no dudamos en interpretarla como invertida. Su recio y corto pico —de ave carroñera— la aleja de todas aquellas aves de la familia de las ciconiformes, posibles en estas latitudes. En su testuz parece señalarse un moño de dos puntas. Es la extraña pose de la cabeza, con el pico entreabierto y la rotura o dislocamiento que presenta la cervical (lám. III, ↑, ↓), la que orienta hacia una representación de animal herido, a cuya idea abogaríamos el que tanto las alas como sus patas,

(3) El Consejo Asesor de Arqueología de la Comunidad Valenciana, en su reunión del 4 de mayo de 1987, aprobó como método positivo para el reportaje fotográfico de Cueva Remigia —permiso que había sido solicitado por Elisa Sarriá, de la Universidad de Barcelona—, la pulverización de las pinturas rupestres con agua destilada. Trabajo de campo que llevaría a cabo Ramón Viñas, según nota facilitada por D. F. Barreda, guarda de los abrigos del Barranc de Gasulla.



A



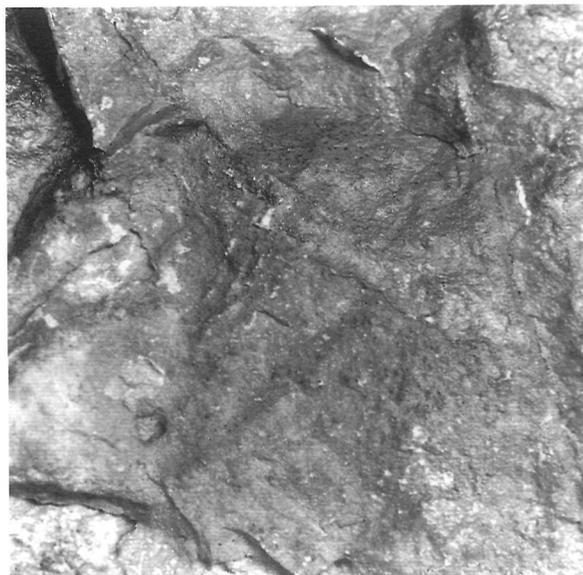
B

Lám. IV.— Abrigo B. A: Conjunto de las figs. 5 y 6. B: Idem. Silueteado de dichas figs. Obsérvese el esférico proyectil entre ambas.

al no individualizarse, habríanse representado recogidas. La figura está bien conservada, aunque un viejo descoste calizo, en la parte baja del animal, pudo haber afectado el extremo de su cola.

Un punto circular, a 44 mm. detrás del cuello, lo interpretamos como la figura de uno de los proyectiles que llegaron al animal, causa de su estado preagónico, disparo que habría, certeramente, alcanzado su cabeza. Esta singular figura fue trazada con abundante pigmento, y parece que el pincel rastreó —al salir del tercio inferior del animal—, la roca, «manchando» su superficie (fig. 5, n. 5; lám. IV, ↑, ↓).

Eje máximo, 150 mm; coloración, castaño vinoso, oscuro.



A



B

Lám. V.— Abrigo B. A: Fig. 6. B: Idem. Figura silueteada.

Fig. 6.— A 6 cm. a la derecha de la figura precedente, en mimética pose que el corredor n. 4, hallamos esta diminuta figura humana, difuminada y embebida por la roca, de la que apenas llegamos a identificar su tocado cónico. No parece que llevase arma alguna, como tampoco se le aprecian otros detalles (fig. 5, n. 6; lám. V, ↑, ↓).

Altura, 35 mm.; coloración, castaño muy claro.

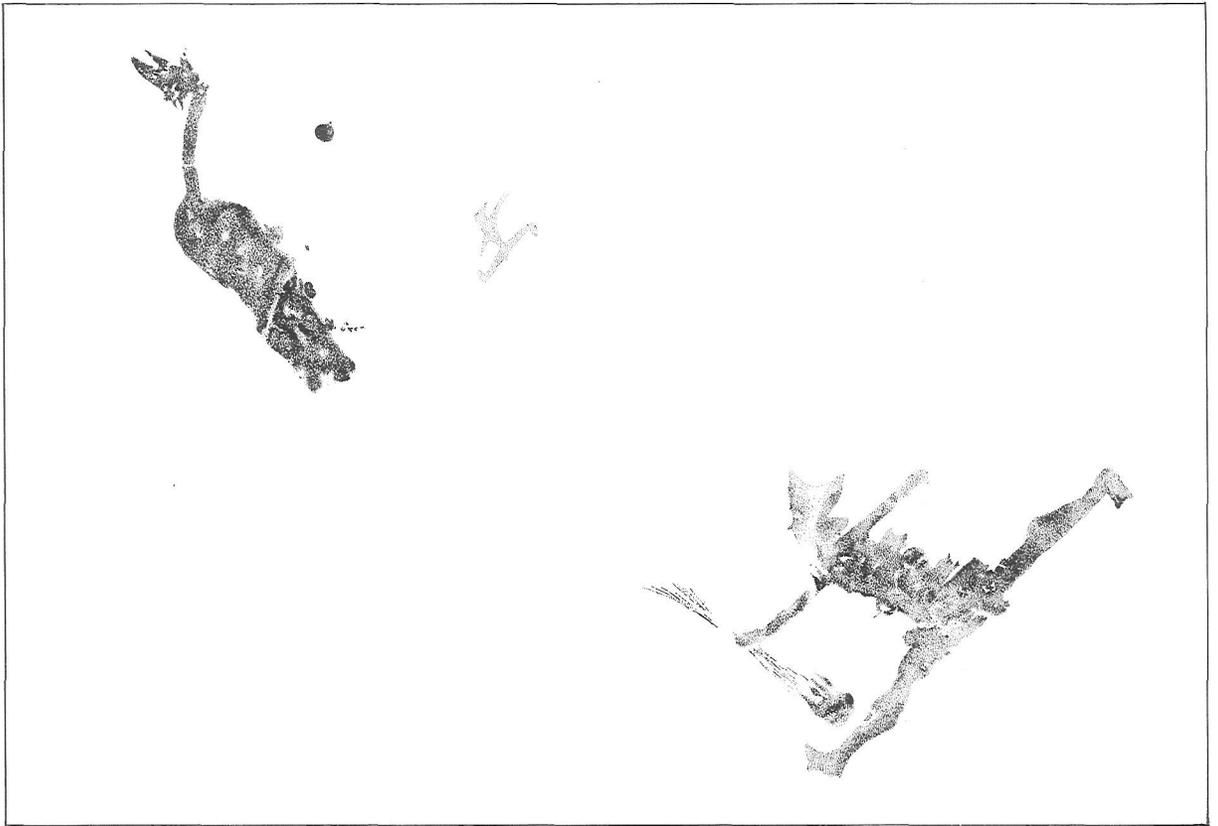


Fig. 5.— Figuras 5, 6 y 7.

Fig. 7.— A 17.5 cm. detrás de la figura n. 5, ligeramente más baja, encontramos el mayor y más bello «cazador al vuelo» de la balma (fig. 5, n. 7). Corre en zancada, con un eje descendente de 35.º de derecha a izquierda, y pese a que un goterón de colada, ya descompuesta y perdida, llevóse en su descenso el centro de la cabeza del cazador, brazo y parte del tercio inferior de su arma —empuñada con su mano avanzada—, es, junto con la figura 5, las únicas del abrigo que, especialmente, componen escena, alcanzando su ejecución el máximo grado artístico de «La Covatina del Mas de la Rambla».

Sus piernas, desnudas, están bien modeladas, marcándose potentes ambas pantorrillas, siendo curioso el terminado casi recto de la línea de los dedos de ambos pies, por lo que pudieran ir calzados, aunque no se le señalaron otros detalles. La figura viste pantalón corto y unos sofisticados ropajes cubren abdomen y pecho, ya que de su espalda salen como dos banderolas que cabría interpretar como los extremos de algún tipo de fajado, y, entre am-

bas, una masa hemiesférica pudiera interpretarse como la bolsa o macuto de los proyectiles del cazador. Opuesta a ella, en el abdomen, observamos una especie de hebilla semicircular, que pudiera pertenecer al correaje de la bolsa para los proyectiles.

La cabeza, pese al daño causado por los procesos litogénicos, destaca por el bicornio que la cubre, tan similar al que lleva la figura de la Joquera de Borriol, así como por su ala trasera, a no ser que se trate de una corta melena. De sus rasgos faciales sólo apreciamos ya una corta nariz puntiaguda (lám. VI, ↑, ↓).

En los brazos, de escaso modelado, paralelos al eje de las piernas, sin adorno alguno, apenas se marcan las manos por un tenue ensanchamiento o muñón. Sobre el hombro avanzado observamos un marcado ensanche atacado por la colada que tanto afectó la cabeza del cazador, habiendo producido en la pintura dos ángulos apuntados, por lo que si restituyésemos este punto, el brazo desnudo saldría de una especie de manga corta. Vestiría, pues, ca-



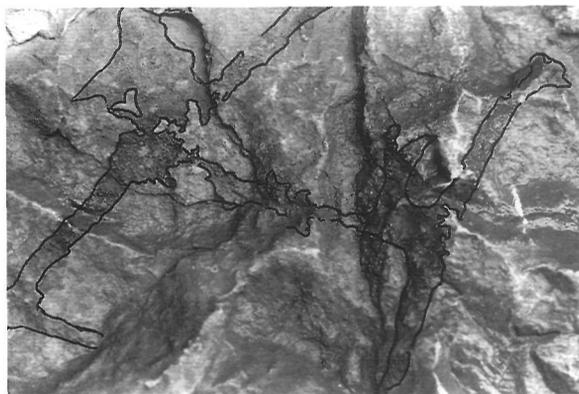
A



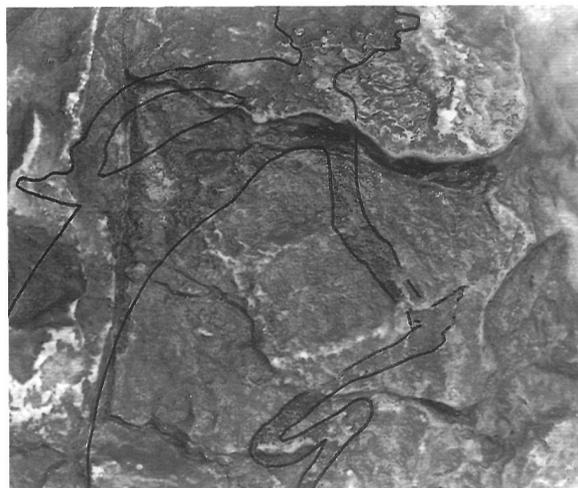
B

Lám. VI.— A: Fig. 7. Cazador con honda, a plena carrera. B: Idem. Figura silueteada. Obsérvese la hebilla del cinto y, sobre sus espaldas, los dos extremos de su fajado entre un cuerpo hemiesférico, posible bolsa para los proyectiles.

misa y pantalón corto, anudando pecho y cintura con alguna especie de fajado cuyos extremos aparecen sueltos, recortándose de la silueta de este veloz cazador. Y llegamos, tras los detalles anatómicos y de ropajes, al arma que porta en su mano derecha. Tras múltiples observaciones desechamos las armas convencionales de los cazadores «levantinos»: el cazador de la «Covatina del Mas de la Rambla» es portador de una gran honda, cuyas correas o mimbres sobresalen, en mazo de finísimos hilos, de su puño, ensanchando hacia su base hasta dar con una mancha hemiesférica, evidente capacete para los proyectiles. El esferoide cercano —y directo— a la cabeza del gran pájaro, testifica el uso de esta arma



A



B

Lám. VII.— Abrigo B. A: Cazador en carrera. Obsérvese el fajín en “cola de pez”. B: Fig. 10. Detalle de la depredadora de vípedos.

entre los cazadores prehistóricos del septentrión del País Valenciano, arma que ya señalamos en estas latitudes (Mesado, 1989, fig. 6).

Eje de piernas, 166 mm.; idem de los brazos, 100 mm.; idem del cuerpo y cabeza, 95 mm.; altura del arma, 94 mm. Coloración, castaño violáceo muy oscuro.

Fig. 8.— A 31 cm. a la derecha de la figura 7, algo más baja, tras rebasar un proceso litogenético activo que incide sobre una figura ya perdida por tal causa, damos con otro de los cazadores en «H», con seguridad copia —una vez más— de la fig. 7. Su tronco se encuentra alterado por desconches calizos, por lo que hoy su silueta es «esquemática». La figura se pintó sobre una superficie muy rugosa que aceleró su degradación, pese a lo cual aún pue-



Fig. 6.— Figuras 8, 9 y 10.

de verse la pañoleta o faja de su cintura, con un extremo volado en «cola de pez»; así como los restos centrales del arma que llevó en su mano delantera, muy posiblemente un arco. En su faz se le señala una nariz prominente, apuntada, aunque también pudiera ser la grencha izquierda de estar la figura mirando al frente, o tal vez el ala de algún sombrero de casquete redondo, aunque un descostre calizo de su perfil derecho lo asemeje hoy a una barretina (fig. 6, n. 8; lám. VII, ↑).

Eje máx. 107 mm.; coloración castaño-negro, desvaído.

Fig. 9.— Sobre la figura anterior, a 6 cm., ligeramente desplazada hacia la derecha, encontramos una mancha muy desvaída cuya silueta parece corresponder con la de un pequeño cuadrúpedo en ligera posición rampante, distinguiéndose sus patillas delanteras y en su cabeza la boca entreabierta, con el posible nacimiento de sus defensas (fig. 6, n. 9). Su silueta posterior se difumina en la roca.

Eje máx. aprox. 50 mm.; coloración, rojiza.

Fig. 10.— A 23 cm. de la figura anterior llegamos a una de las composiciones más sorprendentes del covacho. Se trata de una figura humana vista de perfil derecho, inclinada ligeramente. Viste una

falda muy corta y sostiene con la mano del brazo adelantado y caído, una pequeña «filacteria» o trazo serpentiforme, que no dudamos en interpretar como la silueta de un pequeño ofidio que coletea, aunque la porción perteneciente a la cabeza se halla perdida, pues a escasos milímetros existe una dislocación de planos calizos y una colada. Pese a su pequeño tamaño, la zona pectoral, hombros y cabeza, se pintó sobre un plano más alto que el resto del cuerpo. El estado de su mitad superior, pese a estas alteraciones físicas, es aceptable, no ocurriendo lo mismo con la parte inferior de la figura, difícil de apreciar a simple vista. Tiene juntas ambas piernas, aunque no tangentes, que sobresalen de una vestimenta estrecha. Su brazo izquierdo, en ligera arcada, termina sobre un pequeño objeto salido y apuntado, que cabría suponer como una taleguilla para los ofidios. Destaca de su redonda cabeza una prominente nariz roma y unos diminutos labios salidos, apreciándose también, un pelo corto con grenchas traseras (fig. 6, n. 10; lám. VII, ↓).

Altura 120 mm.; coloración, castaño más o menos potente según la degradación de la figura.

Fig. 11.— Siguiendo con la descripción de las figuras más visibles, encontraremos a 59 cm. a la derecha de la figura precedente, los restos de otra

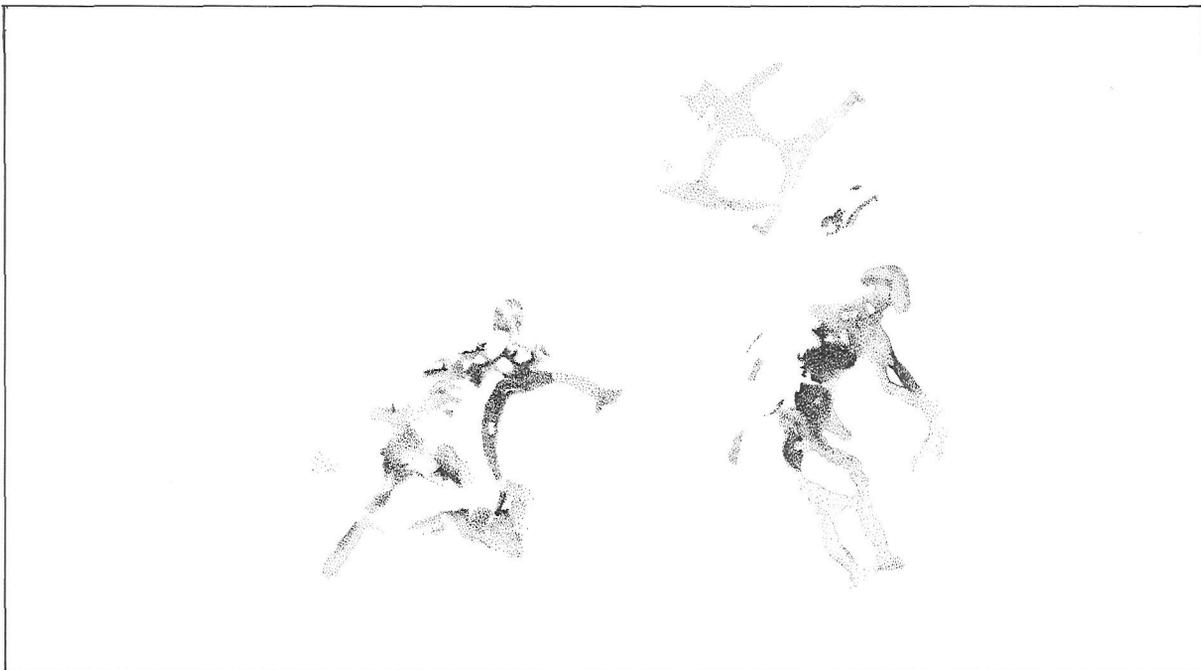


Fig. 7.— Figuras 11, 12 y 13.

sumamente mutilada por lavados, procesos litogénicos y descostres, pese a lo cual perduran zonas de coloración potente, junto a restos difuminados y perdidos. Destaca una pincelada curva, abierta a la derecha, cuyo extremo superior finaliza con una forma triangular, mientras el inferior lo hace sobre un notable ensanchamiento —posible turgencia muscular— con dos proyecciones izquierdas, posibles restos de ambas piernas entrecruzadas. Su zona más degradada corresponde a un «esfumato» que podría ser, en parte, el brazo izquierdo; así como a la cabeza, representada por una pequeña mancha discooidal (fig. 7, n. 11; lám. VIII, ↑).

Eje máximo, 136 mm.; coloración castaño.

Fig. 12.— A 5 cm. de la figura anterior, y en su misma horizontal, encontraremos otra figura humana, asimismo, muy perdida por los procesos naturales de la balma, aunque buena parte de su contorno es identificable. También fue pintada sobre una superficie rocosa muy desigual, afectada por grietas y desprendidos, siendo reciente el que incide sobre su faldellín. Tiene la misma inclinación que la fig. 10, y si identificamos como el brazo delantero la pincelada inferior, sobre él advertiremos otro trazo más potente que abre en V su extremo superior, ya tangente con el hombro de la figura, difu-

minándose su extremo opuesto, restos que cabe interpretar como los de un nuevo ofidio. Como las figuras 10 y 14, viste falda corta, de la que sobresalen unas piernas bastante abiertas, aunque tangencien sus pies. Junto al lateral izquierdo del cuerpo quedan restos de una o dos líneas muy estrechas, que parece difícil pudiesen pertenecer al brazo de la figura. La cabeza es algo achatada, presentando dos extremos redondeados, forma que pudiera estar condicionada por un resalte excesivo de la roca bajo la cual se halla (fig. 7, n. 12; lám. VIII, ↓).

Altura 123 mm.; coloración, castaño oscuro.

Fig. 13.— Sobre el corto espacio de las figuras 11 y 12, a sólo 3 cm. de esta última, advertiremos, como una tenue sombra, un pequeño cazador en «H» fugando hacia la figura 11. Un trazo curvo, sumamente grueso, en el extremo del brazo adelantado, lo interpretamos como los restos del arco de este cazador, cuya cabeza pudiera cubrir con un bicornio (fig. 7, n. 13). Entre las piernas de esta figura y la cabeza de la n. 12, se conserva un potente y corto trazo que parece responde, por su intensidad, al contexto de esta última figura.

Eje máx. 65 mm.; coloración, castaño-siena, muy tenue.

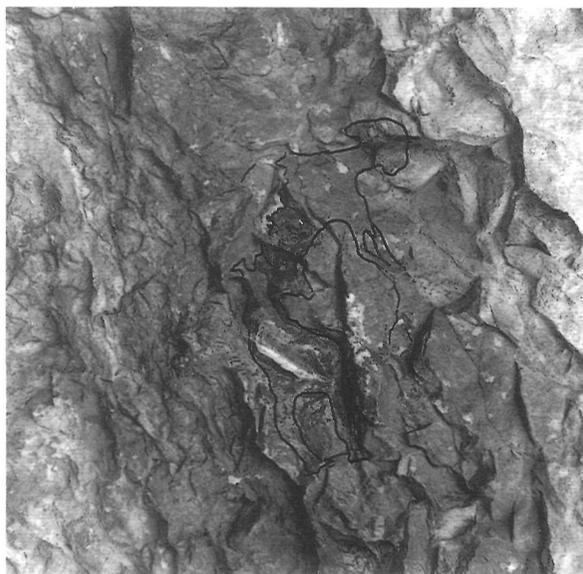


Fig. 14.— A 27 cm., sobre la figura 13, encontraremos otra de las sugestivas figuras humanas inclinadas a la derecha, que —al igual que las números 11 y 12— conserva en su zona media una pigmentación intensa por ser áreas más resguardadas (hondas), teniendo el resto muy alterado por procesos litogenéticos, que tanto afectaron las paredes del abrigo debido a su escaso fondo y gran capilaridad. Este nuevo cazador de ofidios se diferencia de sus anteriores por la abertura de piernas, y porque no dudamos en interpretar como una talega el objeto de boca ancha —aunque afectada por descostre calizo—, que tiene junto a la espada. La proyección del brazo avanzado se diluye hacia una cabeza de culebra con la boca abierta. Parece que cubre la cabeza con un sombrero (fig. 8, n. 14; lám. IX, ↑).

Altura, 150 mm.; coloración, castaño-vinoso, oscuro en sus zonas más pigmentadas.

Fig. 15.— A 34 cm. de la figura anterior, a su derecha, ligeramente elevada, volvemos a encontrarnos el cazador en «H», con idéntica pose que sus precedentes. Ahora la porción del cuerpo no afectada por coladas corresponde al brazo adelantado: un simple trazo recto que ensancha triangularmente al unirse al cuerpo de la figura. Pese a la potencia del pigmento no queda clara el arma que empuña, distinguiéndose bien, en su extremo superior, dos ramas apuntadas, y algo similar ocurre en su extremo inferior. Dos desconches se llevaron seguramente los extremos de este posible arco, del que un corto apéndice, saliendo de la mano cerrada del cazador, recordará la forma de sujetar el arma el cazador n. 23 de la Cova dels Rossegadors de Benifassà (Mesado, 1989, 24). El resto de la pintura, por su desencaje, pudiera haber sufrido, en un primer momento, algún tipo de corrimiento y deformación, habiéndose consolidado después por un proceso estalacmítico, ya que aparece recubierta, salvo el brazo descrito, por carbonatos, pese a lo cual aún se le aprecia la «clásica» pañoleta en el cinto (fig. 8, n. 15, lám IX, ↓).

Eje máx. 110 mm.; coloración, castaño-vinoso.



Lám. VIII.— Abrigo B. A: Fig. 11. B: Fig. 12. Posible mujer atacada en el hombro por un ofidio.

Fig. 16.— Con ella finalizamos la serie de figuras que se han conservado, cuya descripción y calcos ofrecidos en el presente artículo poco puede alejarnos de una realidad objetiva. Se ubica a 33 cm. debajo de la figura 12, cerca ya del suelo del abri-

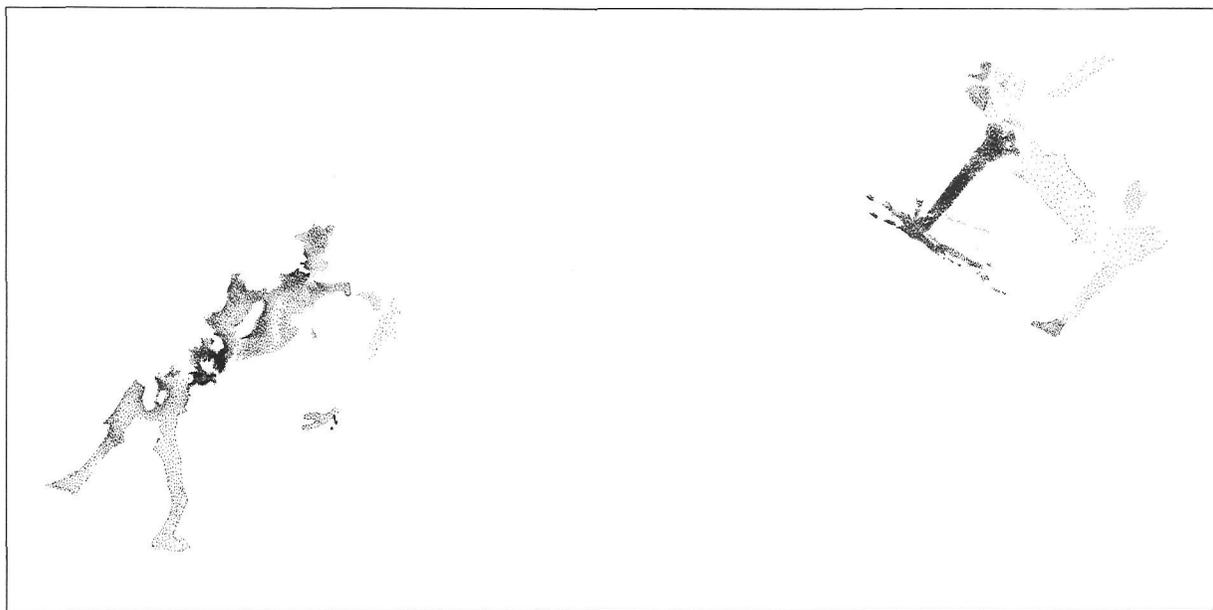


Fig. 8.— Figuras 14 y 15.

go. Se encuentra muy difuminada y poco visible. Se trata de un enigmático signo rectangular, abierto en su base, con tres apéndices proyectados hacia la izquierda, cuya significación ignoramos. Una interpretación arriesgada pudiera ser la de un antropoide sosteniendo con el brazo derecho una larga bolsa fusiforme; aunque se hace difícil interpretar la especie de largo gorro (apéndice superior), y tendría perdidos brazo y pierna de su lado izquierdo (sus otros dos apéndices) (fig. 4, n. 16).

Eje máx. 100 mm.; coloración, negruzca.

Figs. 17 a 24.— Hemos dado por prácticamente perdidas otras figuras que, con seguridad, albergó esta cárcava. Unas, las más orientales, afectadas por los fuertes lavados de la colada que delimita los abrigos «B» y «C» (figuras ns. 17, 18, 19 y 20); el resto, igualmente afectadas por idénticos procesos naturales y desconchados, salvo la fig. 21 que parece reciente. Se trata de una figura humana —muy esquemática— en «Y» invertida, con la señalización del pene. Fino trazo negro posiblemente realizado con lápiz de plomo por alguno de los alumnos de G. Bellot.

Con el presente estudio y publicación, los procesos de exfoliación de las paredes de la Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla, siguen irreversibles; pero hemos procurado, en la medida de nues-

tras posibilidades, retener sobre el papel impreso el estado en que se encontraban estas figuras la última vez que las visitamos. Estamos seguros que unos calcos dignos serán siempre la mejor contribución que hoy podamos ofrecer a interesados y curiosos de tan singular arte, en su éxodo hacia la nada.

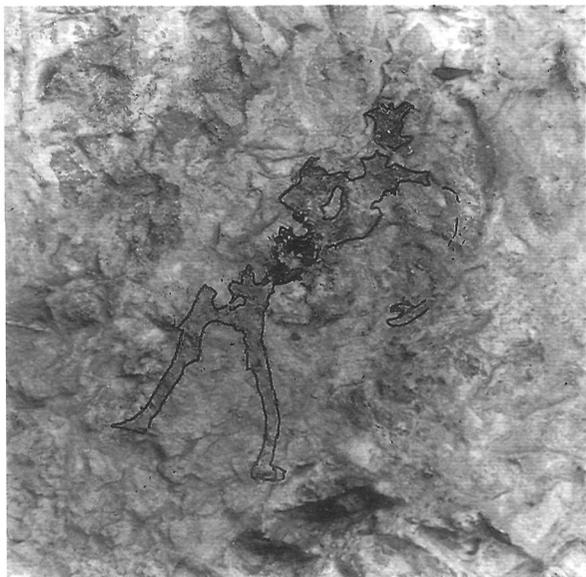
RESUMEN, PARALELOS Y COMENTARIOS

Dentro de las escasas figuras conservadas en los abrigos «A» y «B» de La Covatina, podemos establecer los siguientes apartados:

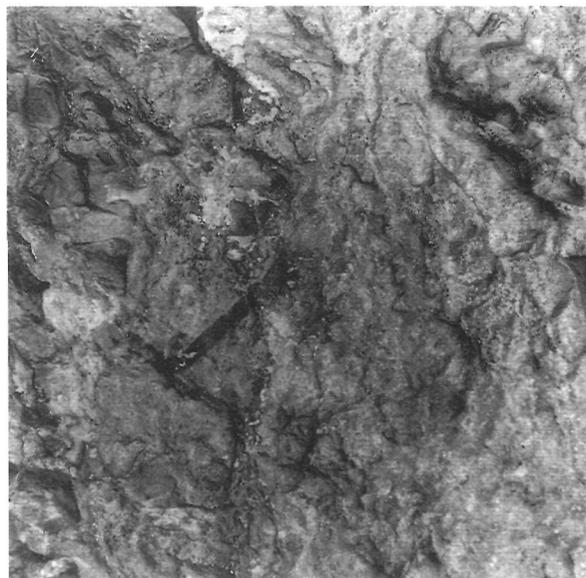
- 1.— El de las figuras humanas, n. 3, 4, 6, 7, 8, 10, 11?, 12, 13, 14 y 15.
- 2.— El de los animales, ns. 5, 9 y vípedos de las escenas 10, 12 y 14.
- 3.— El de los indeterminados, caso de las figuras ns. 1 y 16.
- 4.— El de los puntiformes, fig. 2; y
- 5.— El de los motivos perdidos, caso de los restos n. 3b, 4b y 17 a 23.

FIGURAS HUMANAS

Según realicen algún tipo de depredación, o no la realicen, los antropomorfos de La Covatina quedarán integrados en los dos grupos siguientes:



A



B

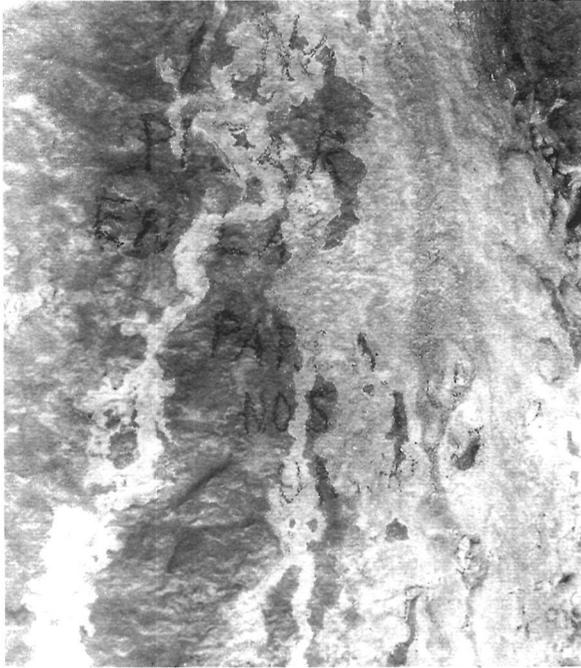
Lám. IX.— Abrigo B. A: Figura 14. Antropomorfo portando una culebra y, sobre la espalda, un talego. B: Fig. 15. Restos de la fig. 15, sepultada en gran parte por una colada.

A) El grupo de los cazadores. Divididos en dos subgrupos: el «a», por el simple hecho de portar algún tipo de arma (ns. 3, 7, 8, 13 y 15), ya sean arcos (figs. 3, 8?, 13 y 15), u hondas (fig. 7); y el «b», formado por los cazadores-recolectores de vípedos, sin arma alguna, caso de las figuras 10, 12 y 14; y

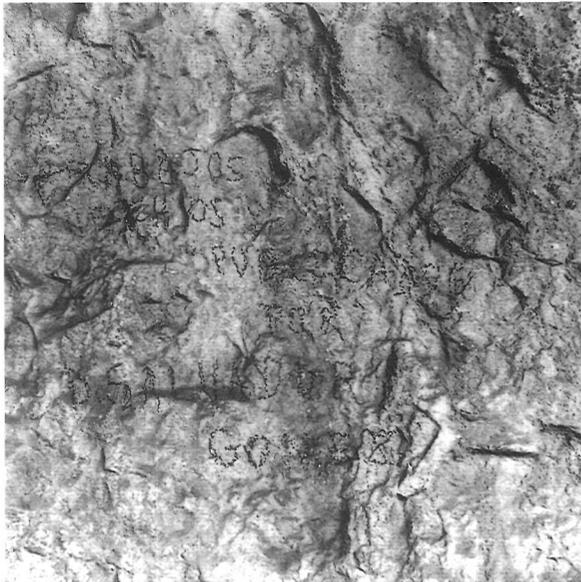
B) El grupo de aquellas figuras que no cazan ni llevan armas, caso de las ns. 4 y 6.

Es evidente, como ya se dijo, que todos los homínidos cuyo esquema semeja una «H» —más o menos inclinada—, y siempre fugando de derecha a izquierda (ns. 4, 6, 7, 8, 13 y 15), son copia —de poca calidad— del cazador más bellos del covacho, la fig. 7, que ocupa el fragmento de hastial más apto para pintar, por lo que no tenemos la menor duda que ella inauguró el friso del abrigo «B», cazador que lleva por arma una gran honda de múltiples cintas, vistiendo sofisticadamente pantalón ancho y corto, camisa con fajines en cintura y pecho, hebilla al cinto y bicornio; el resto, por mimetismo y sin cazar nada (figs. ns. 4, 6, 8, 13 y 14) son, repetimos, una deficiente copia, aunque sus restos de armas pudieran ser arcos y no hondas. Sólo el cazador n. 3, escapa del anterior canon y no tiene en el abrigo otros paralelos. El detallismo de la figura 7, los tiene con una serie de cazadores-corredores de otros abrigos castellonenses, caso de la fig. 22 del Polvorín o Rossegadors de Benifassà, sobre un jabalí (Mesado, 1989, fig. 22); o con los cazadores del Cingle del Mas d'En Josep, uno sobre ciervos, y el segundo sobre jabalí herido (Viñas y otros, 1982, figs. 196 y 198); o el no menos bello del Panel II del «Racó de Nando», de Benassal (González, 1979, fig. 5); pudiéndose paralizar, también, con el elegante cazador del abrigo del «Mas dels Ous» de Xert, con sus exageradas polainas (Aparicio, Mesguer y Rubio, 1982, 38); o con el de la Joquera de Borriol, figura ya perdida por los múltiples lavados de sus visitantes, pues ambas cubren sus cabezas con llamativos gorros, tan similares a las tiaras obispales (Porcar, 1932, 228/236). Ya fuera de Castellón, y por solo citar un buen ejemplo, tendremos un marcado paralelo en el cazador que ocupa el centro del panel pintado de la Cueva del Garroso, en Alarcón (Teruel), tras el brello ciervo de 30 cm. de longitud (Beltrán, 1969, figs. 86-87), conjunto de pinturas al S del Ebro, que, como el de la Serra de la Pietat de Uldecona, Tarragona (Viñas, 1975, 115/151), tienen claras connotaciones con el foco Gasulla-Valltorta.

El resto de los cazadores de vípedos (figs. 10, 12 y 14), es cierto que conllevan escaso «levantinismo»; pero ello acontece con múltiples figuras inmersas en claros conjuntos estilísticamente «levantinos», y no se les soslaya su atribución a dicho estilo. El estado en que llegaron puede ser, también, una causa.



A



B

Lám. X.— Dos de los largos textos rupestres de D. Salvador Gómez Bellot, descubridor de las pinturas de la “Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla”.

LA FAUNA

En la Covatina, los animales sólo se han conservado en dos casos: el gran pájaro (fig. 5), sin alas ni patas; y el tan problemático de la tenue, fig. 9,

posiblemente un joven cáprido, aunque no descartamos, dado su voluminoso cuerpo con patas cortas y gruesas, que pudiera tratarse de un oseznó, fauna detectada por I. Sarrión en el cercano hábitat Neolítico de la Cova de les Bruixes, Rossell (4); pero es tal la degradación de su pigmento que cualquier interpretación será siempre problemática.

«El ave, para su posible catalogación, habremos de basarnos en su pico, evidentemente de animal carroñero; y en su largo cuello. Pudiera, pues, tratarse de un buitre, ya que su corpachón también lo parece, aunque tanto éste como el largo cuello —que se habría representado sin el típico collar de plumas—, exceden algo al de estos animales carnívoros. Aunque el buitre común («Gyps fulvus») es exclusivamente carroñero (su longitud puede llegar a los 150 cm. y su peso a los 7 kg.); el buitre negro («Aegyptius monachus»), presente también en la Península, puede cazar culebras y lagartos, alcanzando un peso de 12,5 Kg.

Otras aves, dependientes o relacionadas con el medio acuático (recordemos en las inmediaciones del covacho, la Rambla de las Truchas), como pudieran ser garzas, grullas, flamencos o cigüeñas, se ajustan en términos generales a la representación cuya identidad pretendemos descifrar, tanto por su tamaño como por la longitud del cuello, sin embargo, sus picos —de un carácter diagnóstico importante—, no se aproximan al que posee el pájaro de la Covatina. El supuesto buitre de nuestra pintura rupestre pudiera haberse refugiado o anidar en alguna de las oquedades de este acantilado del Barranc de les Carabasses, y disputar con la menuda comunidad Neolítica de sus alrededores, las víboras o «escurçons» del altiplano de Vilafranca, posible causa de su depredación. Tal «acontecimiento» fue legado a la posteridad, habiendo alcanzado nuestros días con todo su impacto artístico (5)».

(4) La Cova de les Bruixes es un yacimiento arqueológico del término municipal de Rossell (Castellón), en el que hemos practicado excavaciones oficiales, actualmente en estudio interdisciplinar. En líneas generales, sobre un nivel fundacional perteneciente al Neolítico de las Cerámicas Incisas —con una fechación radiocarbónica del 4510 B. C. (Ly.-4269)—, descansa un potente manto de «guano», con fosas Eneolíticas y «silos» del Bronce Valenciano, sobre el que se superponen, muy revueltos, los «hábitats» del B. V. y posteriores (MESADO, 1988).

(5) Damos las gracias al amigo Roberto Roselló, biólogo, por este informe.

PUNTIFORMES

En la zona N del País hemos advertido agrupaciones de puntos rojos al estilo del conjunto 2 del abrigo «A», en la «Cova del Mas del Cireral» o «dels Cirerers», que Porcar no cita (Porcar, 1934, 343/347), y —según R. Viñas— en «l'Arc», la Valltorta, puntos apenas visibles «*como salpicaduras similares a los puntiformes de la Cova dels Cavalls pero más dispersos*» (Viñas, 1982, 136). Aunque es en el gran abrigo-redil de «La Cova Fumada» del «Barranc de Rossell» (área diaclasada), donde estas «nidadas» de menudas gotas rojas —ahora muy intensas— alcanzan su zenit (lám. II, ↓), agrupaciones tipo «perdigonado» que hay que separar de aquéllas en las que los puntos tienen mayor tamaño, habiéndose realizado individualmente, caso de los puntiformes de una balma del Río Chico cercana a la localidad castellanense de Espadilla, hallazgo debido a J. L. Viciano.

LAS ESCENAS VIPERINAS

De gran importancia conceptuamos las escenas de las pinturas ns. 10, 12 y 14, relacionadas con la caza de ofidios en estos parajes del altiplano de Vilafranca, reptiles que por su pequeñez habremos de suponer víboras. J. F. Monferrer ha estudiado los más comunes de estas solitarias y frías tierras vilafranquinas, anotando que destaca por su abundancia la culebra bastarda («Malpolon Monspensulanus»), popularmente conocida como «serp», cuyos ejemplares mayores llegan a los dos metros de longitud, siendo prácticamente inofensiva (Monferrer, 1982, 47); y la «Vípera Latasti», popularmente el «escurçó», cuyos ejemplares máximos apenas llegan a los sesenta y cinco cm., pudiendo ser su picadura, mortal (Monferrer, 1983, 22), ofidio comercializado de antiguo por las mujeres del pueblo, pues ya Gaspar Escolano (1560-1619) escribe que a Vilafranca «*acuden los médicos y boticarios de Valencia por bivoras, para hacer la Triaca magna: que recogióndolas las mugeres en sus cestillas en tiempo de frio, les valen mucho dinero*» (Escolano, 1610, 684). El período invernal para su captura puede estar relacionado con el letargo del ofidio, pues ya Cavanilles anota que las víboras de tal localidad son «*de un veneno tan activo, que matan al que tuvo la desgracia de ser mordido, si no se usa el remedio conocido en el reyno*» (Cavanilles, 1795, 79).

Tal depredación no es exclusiva de Vilafranca, ya que en el vecino pueblo de Castellfort —según consta en el «Llibre de Comptes» (de 1661 a 1721) de su Archivo Histórico Municipal—, se practicaba igualmente: «*Item, paga per lo valor de 38 excursions que per ordre de Sa Magestat s'agafaren en lo terme de la present vila i per ordre del Consell se pagarán a un sou cada hu*» (Monferrer, 1983, 21). Las mujeres de Vilafranca llegaron incluso a desplazarse a pie hasta Valencia (unos 150 km.) para vender «les excursions» (Monferrer, 1983, 21). El comercio viperino tuvo tanta importancia en ambas localidades dels Ports, así como renombre, que a los habitantes de Castellfort se les apoda «escurçons», y a los de Vilafranca «taleques», porque las víboras que cazaban «*eran introducidas dentro de taleguillas*» (Monferrer, 1983, 21).

Ningún medicamento fue más sofisticado que la Triaca Magna, «*antídoto fabuloso empleado contra toda clase de enfermedades y también para neutralizar los efectos de las picaduras de animales venenosos (...) El elemento más poderoso que entra en la composición de la Triaca era la «carn d'escurçó»...*» (Monferrer, 1983, 21). ¿Cabe, pues, afirmar que la recogida de víboras por las mujeres de Vilafranca y Castellfort se practicaba ya en el Neolítico, como las escenas de la Covatina denuncian? Parece evidente que tal depredación no tenía un fin culinario, ya que más carne y menos peligrosidad ofrecen las grandes culebras bastardas. ¿Por qué, pues, la «vípera latasti»? ¿Era ya usada en la confección de algún fármaco? ¿Su eficaz veneno era el utilizado por los cazadores del Maestrazgo para emponzoñar la punta de sus flechas? ¿Por qué, justamente, ha sido una balma de Vilafranca la que ha registrado este «ex novo»? ¿Es casual esta escena Neolítica en una zona del país cuya depredación viperina alcanzó nuestro siglo? ¿Ha sido una tradición cinegética continuada, o, simplemente, el hecho de abundar las víboras ha llevado en determinados momentos prehistóricos e históricos a su captura? ¿Estaban los altiplanos de Vilafranca poco frecuentados por la fauna habitual del Arte Ruprestre, obligando a sus habitantes a cazar especies no cinegéticas?

Y para finalizar convendría recordar la escena de pastoreo de la cercana cavidad de la Cova dels Rossegadors de Benifassà, cuyo «estilo» responde a nuestra «Fase III de Remigia» (MESADO, 1981), grupo neolitizante al que hay que sumar —también como novedad en el registro de un arte tan temprana—

no e importante—, dos nuevas escenas no menos neolitizantes: la caza de un posible buitre, utilizando una gran honda, y unas sorprendentes escenas de depredación viperina, captura que habremos de relacionar con el aprovechamiento, tras su extracción, del mortífero veneno de la «Vípera Latasti», utilizado por los cazadores Neolíticos para envenenar la punta de sus saetas, o —tal vez— como «fármaco», al modo de la «Triaca Magna» (Anexo 2).

EL PAISAJE ARQUEOLÓGICO

Los yacimientos de la zona NO de la provincia de Castellón, así como sus limítrofes del área central de la franja oriental de Teruel, vienen siendo prospectados por Ferrán Arasa. De ellos entresacamos los más cercanos a la Covatina. Frente al denominado «Morrón del Cid» (La Iglesuela-Teruel), y cerca de la Rambla de las Truchas, se ubica «La Cueva de la Bonifacia», abrigo «en cuyo interior se encontraron restos óseos y cerámicas pertenecientes a la Edad del Bronce» (ARASA, 1985-86, 230). De importancia estratégica y arqueológica es el propio «Morrón del Cid», espectacular terraza en cuña entre la Rambla y el Barranco del Cid, con restos a partir del Eneolítico —puntas de sílex romboidales (Museo Arqueológico de Burriana)—; sobresaliendo los ibéricos —inscripciones sobre piedra (ARASA, 1983, 61/185), y altoimperiales —restos «in situ» de un monumento turriforme (ARASA, en prensa). Siguiendo el curso de La Rambla, a mano derecha, a unos dos kilómetros, daremos con la desembocadura del «Barranc de les Carabasses», y algo después, pero ahora a mano izquierda, con un cantil que abre en alto «La Cueva del Lumero», hábitat con posibilidades de que exista Neolítico (6). También en las cercanías de la Covatina existe un taller de sílex, caso del «Tossalet del Pou de la Vila» (FERRÁN, 1979, 249).

FINAL

Como ya en extensión hemos tratado (MESADO, 1989), y como venimos repitiendo desde 1981

(6) Ficha sobre las pinturas rupestres de «La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla», redactada por F. ARASA para el «Catálogo Monumental de los Yacimientos Arqueológicos de la Comunidad Valenciana». Consellería de Cultura de la Generalitat Valenciana (En prensa).

al publicar los materiales neolíticos de la «Cova del Mas d'en Llorenç», custodiados en el Museo Arqueológico de Burriana (MESADO, 1981, 281/306) (7), la primera fase del «Arte Levantino» pertenece a los inicios del Neolítico de las Cerámicas Incisas, cuya cronología más elevada del País alcanza en Bruixes (yacimiento relativamente cercano a La Covatina), el 4510±140 B.C. Las pinturas de la Covatina, encajan en las dos últimas fases naturalistas (II y III) de Remigia, puesto que la escena formada por las figuras 5 y 7 aún puede integrarse en un momento tardío de la II (MESADO, 1981, 395 y 196), mientras que el resto de las naturalistas —en particular las escenas viperinas—, pertenecen a esa fase final del Arte Rupestre del Neolítico Inciso (MESADO, 1989, 71), donde cada vez son más claras las escenas «neolitizantes», caso del ya citado pastor con una honda caminando al frente de su rebaño de cabras (MESADO, 1989, fig. 6), fase final en donde los elementos funcionales somáticos se multiplican constantemente.

Por el momento, en Castellón, el registro temático rupestre no tendría con el cerámico una correlación mediata si exceptuamos el discutido pájaro, dibujo inciso sobre cerámica, procedente de «Fosca» (APARICIO/SAN VALERO, 1977, lámina I, f), cuya cronología pudiera rondar la fecha neolítica radiocarbónica de esta cavidad (3785 B.C.), horizonte asentado sobre otro epipaleolítico de «facies microlaminar» (GONZÁLEZ, 1979, 9/12) sin Arte mueble, aunque escasamente conocido (8).

(7) En dicha publicación aparecen claras erratas: en la pág. 294, línea final, con diverso topónimo («Cova Gran» y «Cova Fosca») se cita «La Cova del Mas d'en Llorenç», debiendo figurar solamente el primer nombre; en la pág. siguiente —como se puede apreciar en el contexto del artículo—, la línea N.º 10 dice: «cerámicas impresas», y debería decir «cerámicas incisas». Asimismo, la nota 3 de la pág. 281 se halla incompleta por no figurar las palabras que ahora reproduciremos en **negrilla**: «Sería muy conveniente, cuando un yacimiento tuviese más de un topónimo, adoptar aquel que no sea conocido en la bibliografía científica. Por este motivo preferimos la denominación tradicional de COVA DEL MAS D'EN LLORENÇ, sobre la de COVA FOSCA, topónimo de una cavidad arqueológica de la Vall d'Ebo, Alicante,...».

(8) Una precisa y diáfana reseña a los trabajos que lleva a cabo en «Cova Fosca», el Servicio de Arqueología de la Excma. Diput. Prov. de Castellón, en: J. FORTEA y B. MARTÍ: «Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español». Zephyrus, XXXVII-XXXVIII, 1984-85, pp. 180/183.

Hemos comentado (MESADO, 1989, 75/79) que, cuando algún estilo artístico aparece plenamente formado —caso de la Fase I de Remigia— es, simplemente, porque se trata de una manifestación anímico-religiosa inmigrada, no sólo ideológicamente, sino que al ser un bagaje cultural de gran fuerza, se traslada formando parte de un conjunto étnico colonizador. El cada vez mayor número de yacimientos serranos castellonenses con cerámica incisa en las proximidades de covachos con Arte Rupestre Naturalista, no es casual (MESADO, 1989, nota 203). Si el Arte Rupestre del Neolítico Cardial —el denominado por M. Hernández, «Macroesquemático»— irrumpe con los portadores del Neolítico Antiguo, perteneciendo a su bagaje cultural más puro (MARTÍ y HERNÁNDEZ, 1988, 92); el Arte Rupestre del Neolítico Inciso —el tradicionalmente llamado «Levantino»—, lo hace con los portadores de las cerámicas incisas, ya a mediados del V milenio (fecha radiocarbónica de Bruixes), que en modo alguno lo creemos ligado al «substrato epipaleolítico» como recientemente se ha dicho (MARTÍ y HERNÁNDEZ, 1988, 92), y cuyos complejos Neolíticos (los «cardiales» y los «incisos») se funden hacia el S del País —Or, Cendres, Sarsa, etc.— en pleno V milenio, para prevalecer las técnicas decorativas de los segundos al imponer su mundo anímico y cultural. La total extinción de la decoración cerámica cardial, y eclosión de la decoración cerámica incisa, al unísono del Arte Rupestre Cardial suplantado por el Rupestre del Neolítico Inciso, es todo un reto al investigador.

BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, J. y SAN VALERO, J. 1977: «La Cova Fosca (Ares del Mestre, Castellón) y el Neolítico Valenciano», Serie Arqueológica, 4, Universidad de Valencia.
- APARICIO J. y MESEGUER V. 1982: «El primer Arte Valenciano, II. (El Arte Rupestre Levantino)», Serie Popular, 2, Valencia.
- ARASA, F. 1979: «Estudio arqueológico de Vilafranca del Cid (Castellón)». Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense, 4, Tortosa.
- 1983: «El Morrón del Cid (La Iglesuela del Cid)», Teruel, 7, Teruel, 61/185.
- 1985-86: «Aportaciones a la arqueología turolense. Yacimientos y noticias arqueológicas de Mirambel, Fortanete, Cantaveja, La Iglesuela del Cid, Mosqueruela y El Puertominalgalvo», Kalathos, 5-6, Teruel.
- (En prensa): «El monumento romano de la Ermita de la Virgen del Cid (La Iglesuela del Cid, Teruel)», Boletín del Museo de Zaragoza.
- (En prensa): «La Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla (Vilafranca del Cid)», Catálogo Monumental de Yacimientos Arqueológicos de la Comunidad Valenciana, Generalitat Valenciana.
- ARIE, R. 1982: «España musulmana, siglos VII al XV», Historia de España, M. Tuñón de Lara, Ed. Labor, Barcelona.
- BELTRÁN, A. 1968: «Arte Rupestre Levantino», Monografías Arqueológicas, IV, Zaragoza.
- CAVANILLES, A. 1795: «Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia», I, Madrid.
- CHARAS, M. 1684: «Theriacae Andromachi», Genevae, Joannis Ludovice Du-Foure.
- ESCOLANO, G. 1610-1611: «Década primera de la insigne y coronada Ciudad y Reyno de Valencia», Lib. 8.º, Valencia.
- FORTEA, J. y MARTÍ, B. 1984-85: «Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo Español». Zephyrus, XXXVII-XXXVIII.
- GÓMEZ, S. 1981: «Nuevas pinturas rupestres en el término de Vilafranca del Cid», Actas del I Congreso de Historia del País Valenciano, II, Valencia.
- GONZÁLEZ, A. 1979: «Carta Arqueológica del Alto Maestrazgo», Serie de Trabajos Varios, 63, Valencia.
- MARTÍ, B. y HERNÁNDEZ, M. S. 1988: «El Neolítico Valenciano, Arte rupestre i cultura material, S. I. P. Valencia.
- MESADO, N. 1981: «La Cova del Mas d'en Llorenç y el Arte Prehistórico del Barranco de Gasulla», Archivo de Prehistoria Levantina, XVI, Valencia, 281/306.
- 1989: «Nuevas pinturas rupestres en la «Cova dels Rossegadors», La Poble de Benifassà, Castellón», Arqueología V, S. C. C., Castellón.
- MILIÁN, M. y SIMÓ, J. B. 1983: «El Maestrazgo Histórico y Morella (Puertos y Comarcas), Historia y Arte», Vinarós.
- MONFERRER, J. F. 1982: «Serps i escurçons» 1, El Portalet, 2, Vilafranca del Cid.
- 1983: «Serps i escurçons» 2, El Portalet, 3, Vilafranca del Cid.
- MUNDINA, B. 1873: «Historia, Geografía y Estadística de la provincia de Castellón».
- NOVELLAS, R. 1944: «La Triaca de Andrómaco», Colegio Oficial de Farmacéuticos, Barcelona.
- OFICINA MEDICAMENTORUM, 1601-1603: Colegio de Botánicos, Valencia.
- PESET, V. 1972: «Mayans y los Médicos», Epistolario, Valencia.
- PLINIO, C. 1629: «Historia Natural», Madrid.
- PORCAR, J. Bta. 1932: «La pintura rupestre de la Jorquera», B. S. C. C., XIII, Castellón.
- 1934: «Excursións i Recerques Arqueològiques, Pintures Rupestres al Barranc de Gasulla», B. S. C. C., XV, Castellón.
- QUEREDA, J. 1975: «El clima de la Provincia de Castellón».
- SANCHIDRIÁN, J. L. 1987: «Reproducción del Arte Rupestre», Revista de Arqueología, Zugarto Ediciones, S. A. Madrid.
- SAN ISIDORO DE SEVILLA: «Etimologías», IV, 9.
- SARTHOU, C. 1913: «Geografía General del Reino de Valencia; Prov. de Castellón», A. Marín, Edit. Barcelona.
- VIÑAS, R. 1975: «El conjunto rupestre de la Serra de la Pietat, Uldecona, Tarragona», Speleón, Monografía I, Barcelona.
- VIÑAS y Otros, 1982: «La Valltorta, Arte Rupestre del Levante Español», Ediciones Castell.

ANEXO I

Por Roberto Roselló

Situada en la comarca del Alt Maestrat, a 1.123 metros s.n.m., Vilafranca pertenece, desde el punto de vista de corológico, al sector Maestracense, que forma parte de la provincia Castellano-Maestrazgo-Manchega. Los índices ombroclimáticos ($P = 677$) y de termicidad ($It = 160$), sitúan a esta zona en el piso de vegetación supramediterráneo (inferior-medio) subhúmedo. La vegetación potencial que corresponde a buena parte del término de Vilafranca, es la etapa clímax de la serie supra-mesomediterránea catalano-maestrazgo-aragonesa basófila de roble valenciano (*roure gal.ler*): la asociación *Viola willkommii-Quercetum fagineae*.

En las inmediaciones de «La Covatina», la vegetación actual que aparece, corresponde fundamentalmente a los matorrales seriales heliófilos derivados (*Sideritido-Salvion*), con formaciones de *pino negral* o *laricio* (*Pinus clusiana* Clem. = *Pinus nigra* Arn. ssp. *salzmannii* (Dunal Franco). Y así, encontramos especies pulvinulares tales como **Genista scorpius** (L.) DC. (*argelaga borda*) y **Erinacea anthyllis** Link (*erichó*), junto a **Lavandula latifolia** Medicus (*espigol*), **Thymus vulgaris** L. (*timó*), **Satureja montana** L. (*sajolida de bosc* o *saborija*), **Bupleurum fruticosum** L. (*fenoll de rabosa*), **Juniperus phoenicea** L. (*savina comuna*), **Helianthemum pilosum** (L.) Pers., etc.

Por otra parte, diversas especies constituyen pastizales exigentes en humedad (*Festuco-Brometea*), como es el caso por ejemplo del *fenàs*, **Brachypodium phoenicoides** (L.) Roemer & Schultes, **Arrhenatherum elatius** (L.) Beauv. ex C. Presl. (*fromental*), **Ranunculus bulbosus** L. (*ranuncle bulbós*), **Sanguisorba minor** Scop. (*pimpinella*), **Eryngium campestre** L. (*panical*), **Dactylis glomerata** L. ssp. *hispanica* (Roth.) Nyman (*dàctil*), **Antirrhinum barrelieri** Boreau (*conillets*), **Marrubium supinum** L., **Alyssum alyssoides** (L.) L. (*herba de la ràbia*), etc.

La vegetación rupícola, se halla representada por especies tales como **Asplenium trichomanes** L. (*falzia roja*), y **Sedum dasyphyllum** L., entre otras (*).

(*) Las estimaciones precedentes, se han hecho partiendo de un muestreo fragmentario recogido del propio banco del abrigo y de su propia base, por lo que algunas de las plantas que sin duda se hallan presentes en el lugar, no se citan aquí.

ANEXO II

Por Pedro Vernia

Las escenas de la «Covatina del Tossalet del Mas de la Rambla» en Vilafranca, Castellón, pertenecientes al Arte Rupestre del Neolítico Inciso —o Arte Rupestre Levantino—, en las que el hombre prehistórico se representa como cazador de ofidios —presumiblemente víboras—, nos trae a la memoria a aquellas mujeres villafranquinas de los siglos XVI, XVII y XVIII, que con singular habilidad y maestría se dedicaban a semejante menester y constituyen, evidentemente, un auténtico reto para las Ciencias Arqueológicas en el área mediterránea occidental.

Las referencias relativas al uso mágico-religioso de diversas especies de reptiles, incluso con finalidades empírico terapéuticas, son frecuentes entre los pueblos de la antigüedad, pero no conocíamos una referencia tan precoz como ésta de Vilafranca, que nos obliga, por supuesto, a formularnos la siguiente pregunta: ¿La captura de ofidios en la comarca de Vilafranca, guardaría alguna relación con otras culturas mediterráneas, estando relacionada con algún ritual mágico religioso o incluso con fines terapéuticos? Pregunta que nos incumbe y afecta y que constituye, evidentemente, una sugestiva materia que, al menos por ahora, no tiene fácil respuesta. Con la debida cautela, nos limitaremos de momento a aportar algunos datos circunscribiéndolos al área villafranquina, con el único deseo de que puedan resultar provechosos para las investigaciones arqueológicas de aquella zona.

La civilización egea (1), y más concretamente la helénica, fueron las que asimilaron, reelaboraron y actualizaron todos los conocimientos de las antiguas civilizaciones relacionados con la utilización de ofidios con fines terapéuticos. Los primitivos maestros de la Medicina Helénica (2), fueron ya totalmente explícitos, como puede apreciarse en los importantes poemas «THERIACA» y «ALEXIPHARMACA»,

- (1) «Diosa de las serpientes» de la cultura Micénica (Minoico Reciente, 1600 a. J. C.) Magnífica terracota procedente de Cnosos, hoy en el Museo de Candia, Creta, en la que una joven cretense se nos antoja émula de nuestras mujeres neolíticas de Vilafranca.
- (2) Ante la imposibilidad de traer aquí una relación exhaustiva, reseñamos sólo la obra de FILÓN DE TARSO, contemporáneo de Nicandro. Su «FILONEION» fue una especie de panacea escrita en versos elegíacos.

del médico Nicandro (200 a. J. C.), de la Escuela Griega de Alejandría, en los que relata y estudia los venenos de los animales ponzoñosos —principalmente de los reptiles—, y de los antidotos respectivos más en boga (NOVELLAS, 1944, 8).

Pero es MITHRIDATES VI EUPATOR, rey del Ponto (120-63 a. J. C.) quien culminaría el ciclo de toda la antigüedad en lo que se refiere a la utilización de ofidios con fines estrictamente terapéuticos. Ante el temor de morir envenenado se sometió voluntariamente a una habituación progresiva frente a cualquier tipo de dosis de veneno. Se interesó por el estudio de los antidotos, para lo cual encargó a su médico CATREVAS, la elaboración de un ANTÍDOTO GENERAL partiendo de todos los conocimientos de entonces. Tras largas experiencias con delinquentes condenados a muerte, administrando venenos y contravenenos, elaboró el inmortal MITHRIDATO. Conocemos con detalle los ingredientes, dosis y métodos operatorio, para la confección de este electuario. Lo constituían cincuenta y cuatro ingredientes, y el reptil utilizado no era precisamente la víbora sino el ESCINCO MARINO (NOVELLAS, 1944, 41).

Cuando Mithridates fue derrotado por Pompeyo, intentó suicidarse envenenándose, pero precisamente por su habituación —mitridatismo— el veneno no surtió efecto alguno y tuvo que ordenar a su esclavo que le matase con el acero. Las notas, estudios y libros de Catrevas fueron capturados e inmediatamente traducidos al latín por LENAËUS, médico de Pompeyo, y ampliamente difundidos en Roma.

En la Roma del siglo I d. J. C. son varios los autores que se ocupan de los ofidios con fines terapéuticos, caso de Plinio (23-79 d. J. C.) (PLINIO, 1629, XXV, 3), y Pedacio Dioscórides Anazarbeo (3); pero ninguno con tanta dedicación y eficacia como ANDROMACO SENIOR, médico de Nerón. Andrómaco perfeccionaría increíblemente el Mithridato, dando origen a la TRIACA MAGNA DE ANDROMACO (CHARAS, 1684). Pero sería a través de GALENO cuando el uso de la Triaca

Magna encontraría su máxima difusión, pasando posteriormente al mundo árabe a través de los médicos bizantinos de la Escuela Nestoriana. Conocemos los sesenta y cuatro ingredientes que componían la Triaca Magna de Andrómaco, sus dosis y el método operatorio seguido en su elaboración. Con la Triaca Magna de Andrómaco es cuando, por primera vez, aparece documentalmente utilizada la víbora (NOVELLAS, 1944, 41).

Con SAN ISIDORO DE SEVILLA (570-636), y en su obra enciclopédica ETIMOLOGÍAS (SAN ISIDORO, IV, 9), encontramos documentalmente reseñada en España, por vez primera, las excelencias de la Triaca Magna y su beneficioso efecto contra la mordedura de las serpientes. Pero fueron los árabes los que introdujeron en España la elaboración y consumo de Triaca Magna y, consecuentemente, la utilización de víboras (4).

El médico valenciano Arnau de Vilanova, en 1304 y en su famoso ANTIDOTARIO (5), describe con la máxima pulcritud la elaboración de los TROCISCOS DE THIR (6), partiendo de las víboras frescas, lo que repercutiría beneficiosamente en la excelente calidad de la Triaca Magna valenciana así como en la de muchos otros electuarios teriacales durante los siglos XV, XVI, XVII y parte del XVIII (7).

Si hemos de dar crédito a IBN al JATIB, la primera preparación de Triaca Magna en España tuvo lugar en la corte cordobesa de Yusuf I, en el año 1351 ó 1352, bajo la dirección del médico malagueño al Hasan al Qalmar (ARIE, 1982, 421).

En Valencia, en pleno siglo XV, encontramos documentada por primera vez en la España cristiana, la preparación oficial de Triaca Magna (8) y de otros famosos electuarios, que también incluían la carne de víbora. Desde entonces, el protagonismo

(3) Dioscórides era natural de Anazarba, pueblo de Cilicia, a unos 80 Km. de Tarso. Su famosa obra la concluyó en Roma. A partir del Renacimiento sería impresa y reimpressa multitud de veces en diversos países de Europa. Las ediciones valencianas de la traducción de Andrés Laguna, alcanzaron justa fama.

(4) Consejo la lectura de «AVERROIS TRACTATUS DE THERIACA», publicado en *Aristotelis Opera cum Averrois comentariis*, Supp. I, Venecia 1562, reimpresso en Frankfurt am Main, 1962, fols. 306v / 312v.

(5) Esta obra cumbre de la Farmacia Española, es una síntesis de la ciencia farmacéutica salernitana y de la árabe hispana.

(6) Consultar nuestra edición facsímil del *Antidotario de Arnau de Vilanova*. Burriana 1985. Cap. CLXVI y siguientes.

(7) Lo confirma el hecho de que se exportaba a Cataluña. Arch. Hist. Barc. Notario ANTICH SERVAT. Registro del Protomédico, fol. 233v.

(8) Véase el códice, actualmente en Sueca, *Llibre dels Furs, Privilegis y Capitols del Col·legi dels Apothecaris de la Ciutat y Regne de Valencia*.

de las víboras de Vilafranca en la era histórica va en creciente aumento, llegando a alcanzar justa fama y merecido renombre las triacas, genuinamente valencianas, del siglo XVI (9). En la OFFICINA MEDICAMENTORUM de los boticarios valencianos de 1601 (OFFICINA MEDICAMENTORUM, 1601, 207), encontramos un magnífico relato sobre la recolección de víboras por las mujeres de Vilafranca; también en su segunda edición de 1698.

Gaspar Escolano, relata como acuden a Vilafranca los médicos y los boticarios de Valencia, comentando la habilidad de las mujeres de la comarca en la captura de estos ofidios (ESCOLANO, 1611, 684). Valencia llegó incluso a proveerse de víboras en la vecina de Castellfort, según el «Llibre de comptes de 1661 a 1721» de su Archivo Histórico Municipal. En la primera mitad del siglo XVIII el monopolio para la elaboración de la Triaca Magna y de otros electuarios teriacales, base de toda la economía farmacéutica, lo consiguió por Real Pri-

vilegio el incipiente Colegio de Boticarios de la Villa de Madrid, lo que provocaría la ruina económica y científica de la Farmacopea Valenciana y el consiguiente deterioro del comercio viperino en Vilafranca y su comarca (10). Todavía en 1757 Valencia consumía víboras como simple alimento tónico y reconstituyente (PESET, 1972, 134). A fines del siglo el comercio villafranquino estaba prácticamente extinguido. En su viaje por la comarca, Cavanilles da cuenta de la mordedura de estos ofidios y del remedio allí utilizado (CAVANILLES, 1797, I, 79).

La Ilustración Francesa (1790-1800) había acabado definitivamente con la farmacia galénico arábica y supuesto el triunfo definitivo de la química paracelsiana. Las innovaciones en el campo de la farmacia española fueron también radicales, y al quedar definitivamente desplazada la elaboración de la Triaca Magna, el comercio de víboras en Vilafranca, quedó totalmente extinguido (11).

- (9) Destacamos la «Triaca citrada» de JUAN PLAZA, así como las perfecciones introducidas en la propia Triaca Magna.
(10) Consúltense los legajos 5-3 del Arch. Real Acad. Farm. de Madrid, pertenecientes a los años 1740-1741.

- (11) En realidad, desde que el Colegio de Boticarios de Madrid obtuvo el monopolio, las preparaciones en Valencia fueron esporádicas. De todos modos conviene tener presente que la 7.ª edición de la *Farmacopea Oficial Española*, de 1905, en su pág. 242, todavía incluye una preparación teriacal. Mientras que la 8.ª edición de 1930, las omite en su totalidad.